

ya

EL MERCURIO

MARTES 4 DE AGOSTO DE 2026

Nº 2237

RECTORA DE LA UNIVERSIDAD
DE CONCEPCIÓN:

Jacqueline Sepúlveda

*“Hay que instalar la
capacidad de soberanía
intelectual en los estudiantes”*

ES LA PRIMERA MUJER ELEGIDA COMO
RECTORA EN 107 AÑOS. LA QUÍMICA
FARMACÉUTICA, DOCTORADA EN CIENCIAS
NATURALES DE LA UNIVERSIDAD DE GRAZ
(AUSTRIA), HABLA DE LA IMPRONTA DE SUS
PADRES, SU INVESTIGACIÓN Y SU INTENCIÓN
DE INCENTIVAR LA RESILIENCIA DE SUS
ESTUDIANTES. “TENEMOS QUE
EMPODERARLOS MÁS”, DICE.

RECTORA DE LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCIÓN:

Jacqueline Sepúlveda

*“Hay que instalar
la capacidad de
soberanía intelectual
en los estudiantes”*



ES LA PRIMERA MUJER ELEGIDA COMO RECTORA EN 107 AÑOS. LA QUÍMICA FARMACÉUTICA, DOCTORADA EN CIENCIAS NATURALES DE LA UNIVERSIDAD DE GRAZ (AUSTRIA), HABLA DE LA IMPRONTA DE SUS PADRES, SU INVESTIGACIÓN SOBRE ADICCIONES, Y SU INTENCIÓN DE INCENTIVAR EL PENSAMIENTO CRÍTICO Y RESILIENCIA DE SUS ESTUDIANTES. "TENEMOS QUE EMPODERARLOS MÁS", DICE.

POR Pilar Segovia I. RETRATO: Carla Pinilla.

Jacqueline Sepúlveda Carreño (Talca, 1964) es una mujer de convicciones. En 2015 se convirtió en la primera vicerrectora de la Universidad de Concepción y en abril de este año, tras obtener el 57,7% de la votación en la segunda vuelta, hizo historia al asumir como la primera mujer rectora de esa casa de estudios en 107 años.

—En 2018 postuló a la rectoría por primera vez, luego en 2022. Esta fue su tercera vez. La tercera fue la vencida...

—Puede decirse que sí. Fui la primera rectora, vicerrectora, la primera candidata mujer a aspirar a la rectoría, y al tercer intento logré la rectoría.

De su primera campaña, la académica y profesora titular del Departamento de Farmacología y doctora en Ciencias Naturales (Dr. Rer. nat., Karl-Franzens-Universität Graz, Austria) tiene buenos recuerdos. Dice que había cierta expectativa de que una mujer ocupara el sillón de Enrique Molina, el fundador en 1919. Que incluso, en paralelo a la universidad, se organizó una encuesta ciudadana espontánea. "En esa elección ciudadana, yo gané. La comunidad quería que fuera yo la rectora. Por supuesto, en esa primera vez perdí la elección y la segunda elección estuvo muy reñida".

—¿Qué pesó para decir sí, voy a ir una tercera vez?

—Uno no es candidata porque quiere serlo, a uno se lo piden. Y uno tiene que analizar si efectivamente quiere estar ahí nuevamente, exponiéndose un año a una campaña. El punto de inflexión para mí fue que el programa es bueno. La universidad lo merece. Y esta vez estábamos 100% seguros de que ganábamos. Hicimos un diagnóstico, conversamos con 200 personas de todos los segmentos: estudiantes de pregrado, posgrado, funcionarios, profesionales, académicos, académicas, de los tres campus. Y les preguntamos: ¿cómo ves la universidad y qué esperas de una rectora? Así, identificamos las principales necesidades de la universidad.

Dos meses antes de la elección, co-construyeron con la comunidad un plan de trabajo que "nos dio el triunfo", dice.

Después de la experiencia de tres campañas, hoy reflexiona:

—El empoderamiento de la mujer se construye en el tiempo. Se construye con caídas, con fracasos, con muchas cosas.

—¿Qué características le sorprendieron de usted?

—La capacidad de trabajo. La verdad es que siempre me ha gustado trabajar mucho, yo amo la ciencia, me he dedicado. Ser científica es una modalidad de vida. Eso es bien importante decirlo. Uno siempre trabaja en base a objetivos muy claros,

independiente del tiempo que eso tome.

LA IMPRONTA DE LOS PADRES

Jacqueline Sepúlveda Carreño nació en Talca y allí cursó toda su etapa escolar en el Liceo Blanco Encalada (hoy Colegio la Salle). Su padre, Eliseo, era oficial de Carabineros y su madre, Elsa, dueña de casa. Era una buena alumna, a la que le gustaba mucho la música.

—A los cinco años, mi padre me regaló una guitarra que era casi más grande que yo. Los fines de semana aprendí a tocar. Entonces tocaba y cantaba en los actos del colegio. Tengo pésima voz. Yo no sé. Era un tema de actitud nomás.

Durante el colegio, cuenta que le gustaban mucho las matemáticas y la biología. Dice, también, que en su casa había un ambiente muy humanista, marcado por su padre, que ya estaba jubilado cuando ella nació.

—En mi casa había muchos jardines, muchísimas flores, árboles frutales y yo crecí en un ambiente muy humanista, donde a mi padre le gustaba conversar con muchas personas de política, de filosofía, de historia, y yo estaba ahí escuchando. Leía mucho mi padre. Y, por el otro lado, veía a mi madre cultivando las flores, las rosas, el parrón, los árboles, patios muy lindos. Yo soy hija única del segundo matrimonio de mi padre y de mi madre. Pero tengo dos medias hermanas del primer matrimonio de mi padre y una media hermana del primer matrimonio de mi madre.

La rectora asegura que siempre en su familia se sintió "muy querida y protegida".

—Jugaba mucho en la naturaleza, con los bichitos, los insectos. Miraba mucho la interacción entre los seres vivos. Pasaba horas en eso. Yo pensaba: ¿por qué este gusano no interactúa con esta babosita? Los ponía juntos y se arrancaban, y yo los volvía a poner y se arrancaban. Viví en un ambiente muy naturalista, con mucha comida saludable, incluso había un pequeño baño turco en mi casa. Sabía que las hierbas de la huerta eran como algo mágico.

En esa huerta, que cuidaba con su mamá, había de todo.

—Sabía que la gente recurría a cosas naturales. Y siempre mi padre y mi madre decían: 'ah, para el dolor de guata, bueno, manzanilla. ¿Quiere dormir mejor? Colóquele tres hojitas de naranja...' y yo pensé: ¡la naturaleza tiene un poder increíble! Y a eso se suma que en la esquina de mi casa estaba la farmacia Cubillos, con una farmacéutica que admiré toda la vida.

Aunque no recuerda su nombre, no olvida lo que significó su imagen en su infancia.

—De partida, era una dama. Suave, elegante. Y trataba a todos con mucho cariño. Yo me tenía que empinar para ver el mesón. Entonces, veía que la gente le preguntaba y ella llegaba con una cajita. Y le decía: "Si usted se toma una de estas, cada ocho horas...". Esas cajitas tenían algo que hace que la gente se mejore. Y ahí apareció mi interés de saber que esos medicamentos salvaban vidas. Esa fue una impronta muy fuerte para mí. Y después, mi padre decía que todo eso que estaba adentro de esas cajitas viene de la naturaleza. El boldo, para el daño hepático. La aspirina venía del sauce, y yo ahí dije: ¡No puede ser! Y ahí comencé a estudiar más en profundidad e hice mi primer herbario. Debo haber tenido 10, 11 años.

De ese herbario solo quedan hojas sueltas, pero sí conserva sus diarios de vida que la acompañaron desde su infancia. Ahí

quedó registrada su afición por observar la naturaleza, algo que reaparecería al momento de pensar en una carrera universitaria. Cuando supo de qué se trataba la carrera de Química y farmacia, resolvió: “Esto es. En esto me quedo, no dudo nunca más”.

Postuló a la Universidad de Concepción.

—Pero ahí viene un primer momento doloroso que marca mi vida. A mi padre le da un accidente cerebrovascular. Era de edad avanzada, ya tenía 80 años.

En plena postulación, su padre estaba en el hospital grave. Jacqueline Sepúlveda y su madre hicieron un viaje de pocas horas a Concepción para matricularse en la universidad.

—Yo tenía 17 años. Sabía todo lo que se venía y lo que significaba también desde el punto de vista económico abordar un accidente cerebrovascular con secuelas. Entonces mi madre dijo: “Tú tienes que seguir adelante, porque la vida continúa”. Fuerte. Mi impresión al ver la Universidad de Concepción fue: “¡Y todo esto va a ser para mí!”. Fue un amor a primera vista. Dije “no puede ser esto tan bello”. Lo tenía todo: historia, arte, cultura, orquesta. En febrero, mi padre se empezó a complicar más, y hace un segundo accidente cerebrovascular. Y yo tenía que volver a iniciar mi estudio. En ese momento, mi madre fue categórica: “Usted va igual”. Ahí me fui completamente sola. Tomé un tren, con mi guitarra, con mi maleta, con algunos libros, diccionarios, mi diario de vida y llegué a la estación de trenes de Concepción a buscar pensión. Porque no tenía dónde quedarme. Fuerte.

—**Su mamá fue decisiva.**

—Decisiva. Me dijo: “La vida continúa. Y tienes un futuro por delante, extraordinario” —rememora hoy con emoción la rectora—. Estudiar en la gloriosa Universidad de Concepción era para mí un premio. Pero sabiendo que mi padre estaba grave, que se iba en cualquier minuto... En junio de ese mismo año, mi padre falleció. Uno lo entiende después.

—**Fue un golpe fuerte.**

—Muy fuerte. Porque uno, con 17 años, no entiende que la muerte es parte de la vida. Y, además, él era para mí una figura fundamental. Pero no hay ningún día que no deje de recordarlo. Él me hablaba de historia, porque le encantaba la historia, y él quería que yo fuera una destacada abogada.

—**¿Abogada?**

—Sí, pero desde un comienzo le dije que no me gustaba esa área, que no era para mí, yo quería la ciencia.

La rectora dice que se parece físicamente a su padre, “pero de carácter, creo que más bien a mi madre. Mi madre es una luchadora. Es una guerrera”.

—**¿Usted se definiría así, también?**

—No sé si guerrera, pero de convicciones fuertes. A mí me mueven convicciones. Los temas valóricos me mueven mucho, igual que a mi madre. Cuando le conté a mi madre “me están proponiendo para ser candidata a rectora”, no le gustó. Pero después reflexionó y me dijo: “Si vas a ser rectora, tienes que ser una rectora muy justa y tienes que trabajar por las personas”. Siempre los temas valóricos han estado presentes en mi familia.

SU FORMACIÓN EN AUSTRIA Y SUIZA

Jacqueline Sepúlveda siempre quiso hacer un doctorado en Europa. Una vez que terminó su pregrado partió a Austria.

—Yo estaba casada y mi marido —de quien está divorciada hace varios años— había conseguido una beca para estudiar en la universidad en Austria. Yo no me fui con ninguna beca. No

tenía ninguna plaza para estudiar en Austria. No conocía a nadie. Y ahí viene el segundo desafío, de nuevo, de cero: hacer un doctorado en la Universidad de Graz. Entonces fui a conversar con los profesores para que me aceptaran.

Llegó a Austria sin hablar alemán, solo inglés. Le pusieron varias condiciones: convalidar el título, hacer numerosos trámites jurídicos para validar en la embajada y todo por carta, en esos años no existía internet. Le exigieron pasar una prueba de suficiencia del idioma alemán.

—Cuando uno es muy joven y muy sociable, aprende muy rápido, en seis meses ya había aprendido alemán. Y al año ya había dado la prueba de suficiencia del idioma alemán, escrita y oral, así que no fue problema para mí. Ahí entré como alumna regular al programa de doctorado. Al poco tiempo, el gobierno de Austria me becó, y al cabo de dos años, inicié mi carrera académica en la Universidad de Graz. Puedo decir que mi primera posición en una universidad fue en Graz, donde fui colaboradora académica, durante dos años, para la carrera de Química y farmacia. Esa fue mi primera incursión como profesora.

Sepúlveda cuenta que cuando fue electa rectora, recibió una carta del rector de Graz felicitándola.

—En Austria fue muy desafiante, primero porque era una cultura muy diferente a la nuestra, un idioma muy diferente. Lo aprendí, no era fácil. Pero ahí fue un aprendizaje importante: si uno hace las cosas bien, es ordenado, ese es el secreto del éxito. Porque todas las cosas que merecen la pena son difíciles. Todo lo que merece la pena requiere esfuerzo. Todas las cosas fáciles, quizás, tienen una retribución no tan grande como las que cuestan. Yo siempre digo, a mí me costó hacer un doctorado.

Entre los 25 y 29 años realizó su doctorado. De ese tiempo, recuerda el frío y la nieve, que estudiaba muchísimo y tenía poco tiempo libre. Cuando cerró esa etapa, surgió una oportunidad de trabajar en el laboratorio Sandoz en Basilea, una de las industrias farmacéuticas más importantes del mundo.

—Eso también fue un aprendizaje enorme. Empiezas a moldear tu cerebro de una manera distinta, a ejercitar la capacidad de adaptación, que es clave. Eso es fundamental hoy en día. Y, en esos años, la empecé a adiestrar sin darme cuenta. Llegué a Austria, cultura distinta, clima distinto, mundo académico. Me adapté y lo logré bien.

—**¿Qué aprendió en Basilea, Suiza?**

—Eficiencia y precisión. Llegué a liderar estudios farmacocinéticos. Sandoz hoy es Novartis. Es una transnacional, eso es una ciudad. Llegué a donde nace esa cajita que yo veía cuando tenía 7 años. Entré a laboratorios donde sintetizan productos





De lo aprendido en su trayectoria dice: "Si uno hace las cosas bien, es ordenado, ese es el secreto del éxito. Porque todas las cosas que merecen la pena son difíciles".

Porque usted tampoco está resolviendo los problemas que tiene Chile. Hagámoslo juntos. Si es que quiere". Y ahí tomé la decisión de saltar de la ciencia básica a la ciencia aplicada. Eso marca un punto de inflexión importante en mi carrera. El investigador está cómodo en la ciencia básica, porque descubre y comprueba hipótesis. Pero aquí tiene que buscar una solución a un problema que ya existe. Hicimos un proyecto Fondef para diseñar una formulación farmacéutica para el tratamiento del alcoholismo. Tremendo desafío.

Ese encuentro y decisión les permitió patentar el fármaco Disulfiram de liberación sostenida, a través de una inyección intramuscular.

—Ese psiquiatra, Pedro Cament, en esa oportunidad, me desafió, pero por sobre todas las cosas era la razón de por qué yo volví a Chile.

—Busca impactar en la sociedad con su trabajo.

—Claro. Y por supuesto que se requiere ciencia básica, indicadores académicos (como un *paper*), participación en congresos, pero hoy día, más que nunca, la ciencia necesita vincularse con el sector productivo y encontrar soluciones de base científico-tecnológica a los problemas que tiene el mundo hoy. Y ese fue un ejemplo para mí muy adelantado, porque en esos años era

muy difícil vincularse con el sector productivo.

La rectora explica:

—Investigué más fuerte el tema de las adicciones, hice el primer estudio cuantitativo del consumo de droga en población estudiantil universitaria, creé el programa interdisciplinario de drogas de la Universidad de Concepción, el magíster en drogodependencia, y después me involucré en el tema de la patología crónica. Empecé a trabajar en cómo mejoramos la adherencia de tratamiento en patologías crónicas en personas mayores.

—Su trayectoria ha buscado generar impacto social. Ahora que es rectora, ¿qué sello quiere darle a su gestión?

—Quiero impactar en toda una comunidad universitaria. No solamente en el que tiene la posibilidad de elegir un rector o una rectora. Quiero fortalecer el concepto de comunidad universitaria, en que todos somos importantes. Nadie sobra. Mi gestión tiene que impactar de manera igualitaria en los tres campus; el concepto de justicia que me impone mi madre también. Y en los tres estamentos: los académicos, los funcionarios, los administrativos.

—Hoy las universidades viven el efecto de la inteligencia artificial, el desafío de la salud mental de los estudiantes, los cambios en el mundo laboral, las peticiones de acortar o modificar carreras. En ese contexto, ¿qué quiere fortalecer en esta generación de estudiantes?

—El desafío hoy día es qué competencias adicionales son necesarias para la sociedad que estamos viviendo. Y una de ellas es el trabajo colaborativo. ¿Cómo hago que estos estudiantes o los profesionales del futuro tengan la capacidad de trabajar colaborativamente?, cuando les cuesta comunicarse, cuando leen poco. Hoy es fundamental la adaptación en un mundo extremadamente cambiante, en un escenario dinámico, donde la única constante es el cambio y la velocidad de ese cambio. También, la capacidad de pensar por sí mismo. La soberanía intelectual. Porque uno puede resolver una duda con el ChatGPT. ¿Pero tenemos la soberanía suficiente para decir que efectivamente eso es lo correcto?

—El pensamiento crítico.

—Pero, por sobre todas las cosas, hay que instalar la capacidad de soberanía intelectual en los estudiantes, o sea ninguna máquina me va a poder reemplazar a mí en términos de soberanía intelectual, especialmente en temas éticos y valóricos. No hay duda de que las competencias disciplinares de los estudiantes las van a tener, porque nuestros académicos y académicas son del mejor nivel. Y deben ir muy acorde a las necesidades del sector productivo en el que ejercerán su profesión. Pero nos preocupa de qué manera podemos desarrollar en los estudiantes las capacidades de pensamiento crítico, soberanía intelectual, la capacidad de resiliencia y de adaptación. Necesitamos personas altamente resilientes. Y yo siento hoy día que nuestros estudiantes tienen un nivel de fragilidad importante. Tenemos que empoderarlos más, que tomen sus propias decisiones y que no tengan miedo a equivocarse. Los fracasos son parte del crecimiento.

—¿En cuatro años más se repostulará?

—Vivimos en un mundo cambiante, no sabemos lo que va a pasar en cuatro años. Yo no me senté en el sillón de Enrique Molina para planear una candidatura de 4 años, sino que para cumplirle a la comunidad el plan de trabajo que fue coconstruido. En 4 años, pregúntame. ■